

EDITORIAL

El Año de la Ciencia

Nos preparamos para el Año de la Ciencia, y eso, que para muchos es simplemente una ocasión de mostrar los beneficios del progreso y las maravillas tecnológicas a las que ahora tenemos acceso, es para nosotros un gran reto. Porque las ciencias, contempladas desde la perspectiva de la educación, muestran facetas que permanecen invisibles desde otras miradas.

Algunas de estas dimensiones son especialmente relevantes para nuestra revista y a ellas vamos a referirnos, tal como debe corresponder a un editorial que pretende ir siguiendo el hilo de un diálogo con nuestros lectores y que los autores de los artículos van llenando de sentido.

En primer lugar, la ciencia se nos presenta ahora como resultado de una actividad científica que se desarrolla en diversos contextos. Por tanto, no podemos dejar de conceder una atención cada vez mayor a las relaciones entre la ciencia, la tecnología y la sociedad. Pero intuimos que eso va a ser más que una tendencia, más que cambios en los currículos, más que nuevas historias a las cuales referirnos en clase. Lo que se pone en evidencia es la necesidad de ir más allá de manifestaciones a favor de las ciencias y de tomar medidas eficaces para dar trabajo a las y los investigadores jóvenes; de vincular el estudio de la tecnología al estudio de las ciencias; de ofrecer vías efectivas de incorporación de hombres y mujeres a una labor científica que se desarrolle en el marco de una diversidad amplia de sistemas de valores.

En segundo lugar, como consecuencia de la reflexión anterior, debería emerger un concepto de ciencia más humilde o, al menos, más realista. La investigación científica y tecnológica, el desarrollo que promueve, no va a ser automáticamente «progreso» sino que para ello es necesario que las finalidades sean «humanas» y que haya un espacio para pensar en lo que eso significa. Con ello, nuestros alumnos y alumnas han de encontrar su propio lugar en esta gran empresa colectiva que es la construcción de conocimiento científico con el cual intervenir en el mundo y han de sentirse llamados a identificar finalidades para las cuales valga la pena este esfuerzo.

Finalmente, la ciencia se ha vinculado siempre al pensamiento crítico, pero no siempre lo ha aplicado a sí misma. Porque el pensamiento humano, finalmente, no puede ser estudiado por las ciencias, sino por las humanidades. Las dos culturas, la científica y la humanística, han de reencontrarse de nuevo para continuar formulando las grandes preguntas que dan sentido a una investigación científica de la que todos los hombres y las mujeres del planeta puedan beneficiarse.